

CAUSAS Y ANTECEDENTES DIPLOMATICOS DE LA GUERRA HISPANOAMERICANA: 1895-98

SALVADOR E. CASELLAS*

INTRODUCCIÓN

"La guerra hispanoamericana señala una época memorable para España, los Estados Unidos y Puerto Rico. Como resultado de ella, la bandera que Colón y sus compañeros pasaron por el Nuevo Mundo se ocultó, como se oculta un sol de oro, tras los celajes de Occidente."¹

LA guerra hispanoamericana ha sido llamada por los hispanistas la guerra injusta. Tal vez se merezca ese nombre, pero ciertamente en 1963 el nombre que más le corresponde a esa guerra romántica es el de *la guerra olvidada*.

Puerto Rico no debe olvidar la guerra que terminó con el cambio de soberanía en la Isla y a la cual le debe su posición de asociación con los Estados Unidos.

Los efectos históricos de la guerra hispanoamericana fueron muy importantes para que el siglo veinte los olvide. Mediante la guerra hispanoamericana Estados Unidos se estableció como una potencia mundial de primer orden con un imperio colonial en el Caribe y en el Pacífico; Cuba obtuvo su tan luchada independencia; Puerto Rico fue transferido como botín de guerra a los Estados Unidos y España perdió el restante de aquel vasto imperio forjado por los conquistadores.

Este breve estudio tiene por finalidad esclarecer de una manera objetiva, las causas y los antecedentes diplomáticos de esta guerra

* B.S.F.S., Universidad de Georgetown, 1957; LL.B, Universidad de Puerto Rico, 1960; LL.M, Universidad de Harvard, 1961.

¹ Angel Rivero, *Crónica de la Guerra Hispanoamericana en Puerto Rico*, (Madrid, 1922), p. v.

olvidada de manera que el lector pueda llegar a una conclusión imparcial por sí mismo basándose en los verdaderos hechos históricos.

LA REVOLUCIÓN CUBANA Y LA POSICIÓN ESTADOUNIDENSE

"La guerra de los Estados Unidos con España fue breve. Sus resultados fueron muy grandes, sorprendentes y de mucha importancia mundial.

La historia de esta guerra, en su más amplio y verdadero sentido, no podrá ser escrita hasta que pasen muchos años, porque hasta entonces será imposible reunir todo el material necesario ni tampoco obtener la exacta perspectiva y proporción, que solamente la distancia puede dar."

Henry Cabot Lodge, *The War with Spain*, 1899.²

EL pacto de Zanjón de 1878, puso fin a la sangrienta lucha de diez años entre cubanos y españoles. España prometió mucho a Cuba en 1878, pero con excepción de la abolición de la esclavitud y de cierta representación en las Cortes, las promesas no se cumplieron y las condiciones en Cuba empeoraban cada día más.

Las inversiones norteamericanas en Cuba se multiplicaron de tal manera que ya en 1894, el capital americano en Cuba principalmente invertido en la industria azucarera, era alrededor de \$50,000,000.³ En 1894, la nueva tarifa Wilson americana revocó el tratado de reciprocidad comercial con España de 1884, y la tarifa McKinley de 1890, los cuales permitían la entrada libre a Estados Unidos del azúcar de Cuba y Puerto Rico.⁴ La nueva tarifa de 1894 imponía derechos de aduana excesivos sobre el azúcar antillano española y precipitó una grave crisis económica en Cuba y Puerto Rico. La riqueza económica de Cuba se basaba 85% en el azúcar y el golpe fue mortal para la industria.

El desempleo, la pobreza y el hambre azotaron la Isla y a la creciente crisis política se unió una seria dislocación económica: unas semillas revolucionarias que los patriotas cubanos no podían desperdiciar.

² Rivero, *obra citada*, p. v.

³ Thomas A. Bailey, *A Diplomatic History of the American People*, (Nueva York, 1955), p. 495.

⁴ Samuel Flagg Bemis, *A Diplomatic History of the United States*, (Nueva York, 1950), p. 437.

El 24 de febrero de 1895, los insurrectos nuevamente enarbolaron la bandera de la revolución después de diecisiete años de una precaria tregua. La intransigencia española y la crisis económica enardecieron el fuego revolucionario y miles acudieron a enlistarse en las filas rebeldes. Los insurrectos procedieron a destruir sistemáticamente las cosechas, haciendas y propiedades con el propósito de desalentar la resistencia española. Los métodos de guerra sin cuartel utilizados por los rebeldes vestían una brutalidad y crueldad jamás vistas en el Hemisferio desde los días de Hernán Cortés. Los insurrectos para provocar la intervención estadounidense, destruían las grandes plantaciones de azúcar y las haciendas de ganado norteamericanas, perdonando a aquellas que rendían tributo.⁵ Al mismo tiempo, las Juntas reaparecieron en los Estados Unidos como lo hicieron en 1868. Allí se encargaban de recaudar fondos y de realizar una campaña de propaganda anti-española con miras a provocar la intervención de los Estados Unidos en la Isla.

Los españoles respondieron valerosamente al reto rebelde, con esa testarudez y esa intransigencia características del español del siglo diecinueve. España no estaba dispuesta a perder la colonia más rica de su decadente imperio y no escatimó en gastos para sofocar la rebelión militarmente. Lo mejor de sus fuerzas de mar y tierra fue enviado a Cuba y miles de españoles se enlistaron en la Península dispuestos a defender la integridad del territorio nacional. El gobierno español, encabezado por el reaccionario señor Antonio Cánovas del Castillo, envió en febrero de 1896, al General Valeriano Weyler a Cuba, seguro de que este brillante soldado lograría poner fin a la costosa campaña.⁶

La política del General Weyler en Cuba motivó grandes protestas de parte del gobierno norteamericano y las supuestas brutalidades del "carnicero" Weyler, como lo llamaba la prensa amarilla, fueron un arma de propaganda utilizada por las Juntas Revolucionarias y por la prensa amarilla para promover el clamor popular en Estados Unidos en favor de la intervención.⁷

⁵ El señor James Truslow Adams recuerda que una corporación azucarera en la cual él tenía intereses, le pagó a los "patriotas" cubanos en Nueva York, más de \$10,000 en tributos, *The Epic of America*, (Boston, 1931), p. 335.

⁶ El general Weyler sustituyó al general Martínez Campos. Weyler había peleado en Santo Domingo valerosamente; desde 1868 a 1870, en Cuba y regresó a España en 1873, con el rango de brigadier. En 1875, y en 1876, peleó contra los carlistas obteniendo por su arrojo el rango de general de división. Se le concedieron el título de Marqués de Tenerife y fue senador del Reino, capitán-general de las Islas Canarias y capitán-general de las Islas Filipinas en 1888.

⁷ "It is not only Weyler the soldier... but Weyler the brute, the devastator of haciendas, the destroyer of families, and the outrager of women... Pitiless, cold, and exterminator of men... There is nothing to prevent his carnal, animal brain from running

El fracaso del General Martínez Campos, condujo a Weyler a pensar en un nuevo plan de campaña que según él, pondría término a la lucha. Consistía el plan en aislar a los rebeldes, privándoles de toda comunicación con el pueblo y de los recursos con que éste podía contribuir al sostenimiento de las fuerzas rebeldes. Para conseguirlo, Weyler ideó la reconcentración de toda la población rural en los centros urbanos, fuera del dominio de los insurrectos. La dureza de esta medida es aparente. En los reconcentrados murieron cientos de mujeres, ancianos y niños debido a la falta de la más mínima sanidad. Ahora bien, esto no es una apología de la política de Weyler, pero, considerando el carácter salvaje e inhumano con que los rebeldes conducían la guerra, a España casi no le quedaba otro remedio que proceder de esta manera.⁸ La política ciertamente no estaba en conflicto con las leyes de la guerra civilizada de la época. Debemos recordar que otras naciones civilizadas han tenido que recurrir a medidas similares para afrontar situaciones parecidas. Así lo hizo Gran Bretaña en Sudáfrica y los Estados Unidos con los indios y luego en Filipinas. Los cubanos mismos, por el carácter tan salvaje de sus operaciones bélicas, son más responsables que los españoles del hecho que la campaña cubana fuera tan sangrienta.⁹

España estaba determinada a conservar su hegemonía sobre Cuba a toda costa y decidida a aplastar la insurrección militarmente. La pacificación militar era para ella la única solución. Negociar con los caudillos rebeldes equivaldría a un reconocimiento tácito; primero pacificación y después negociación.

La actitud española queda demostrada claramente en las siguientes palabras del Presidente del Gobierno Español, Sr. Cánovas del Castillo:

Soy hombre de calma, pero muy resuelto. No me dejo llevar por los arrebatos, ni soy propenso al desaliento. De inquebrantable e imperturbable firmeza, no acepto la conciliación, no quiero medidas a medias, ni me avengo a transacciones con los rebeldes.

Por otra parte, ¿a qué transigir con los elementos de la raza negra? Así no conseguiríamos la pacificación definitiva, sino una tregua. ¿Y de qué serviría una tregua? ¿Para volver a empezar al cabo de ocho o diez años? No es ese mi sistema.

Mientras ocupe este sillón, mi política se resumirá en la siguiente fórmula

riot with itself in inventing tortures and infamies of bloody debauchery". *New York Journal*, 23 de febrero de 1896, citado en Bailey, *obra citada*, p. 498.

⁸ Bemis, *obra citada*, p. 438.

⁹ A la fecha de la intervención americana, había habido alrededor de 200,000 muertos.

la: Nada de balandronadas, nada de temeridades, calma y firmeza en el interior, y en el exterior *ninguna concesión*, ningún retroceso, ninguna debilidad ante nadie, quien quiera que éste sea. El derecho está de nuestra parte, y tenemos el inquebrantable propósito de hacerle valer.¹⁰

Al estallar la revolución cubana en febrero de 1895, la situación prevaleciente en Estados Unidos se parecía poco a la situación que existía de 1868 a 1878. Durante ese período el país se dedicó a la reconstrucción del Sur, a la expansión económica interna con la acompañante industrialización y al desarrollo del Oeste. Los años de 1877 a 1890, son los años de oro de la política de aislamiento estadounidense. En 1895, los mercados domésticos están ampliamente desarrollados; una gran red de ferrocarriles comunica y conecta la nación de norte a sur, y de este a oeste; el pueblo no ha tenido una guerra desde 1865 y una guerra extranjera desde 1848; una nueva generación busca aventura y la encuentra en el renacimiento de la filosofía del Destino Manifiesto; en fin, Estados Unidos, halagado por sus recientes triunfos en Samoa, Hawaii y la crisis venezolana del mismo año, próspero y restablecido del pánico de 1893, estaba deseoso de una nueva aventura para saciar su nuevo y recién cultivado, apetito imperialista...

DESTINO MANIFIESTO

"America is bounded on the East by sunrise, West by sunset, North by the Artic Expedition, and South as far as we darn please."

Philadelphia Public Ledger, 8 de julio, 1853.¹¹

UNA de las causas de la guerra hispanoamericana fue la filosofía imperialista reinante en los Estados Unidos y conocida popularmente como la del "Destino Manifiesto". La creación de esta filosofía del Destino Manifiesto tuvo su origen alrededor de 1840, su renacimiento tuvo lugar unos cuarenta años más tarde impulsado por el profundo impacto que tuvieron las teorías de Charles Darwin sobre el pensamiento y desarrollo intelectual del siglo diecinueve. La teoría evolucionaria de Darwin, basada en la supervivencia de los más aptos, fue adaptada política y económicamente por intelectuales como John

¹⁰ Juan B. Soto, *Causas y Consecuencias*, San Juan, 1922, p. 81.

¹¹ Bailey, *obra citada*, p. 303.

Fiske, Josiah Strong y John Burgess. Estos escritores sostenían la proposición de que la raza anglosajona era superior a las demás y que estaba destinada a colonizar y a civilizar el mundo.

El ministro religioso, Josiah Strong, publicó en 1885, su libro *Our Country, It's Possible Future and It's Present Crisis*, en el cual, refiriéndose a la raza anglosajona dice:

Then this race of unequaled energy, with all the majesty of numbers and the might of wealth behind it, the representative, let us hope, of the largest liberty, the purest Christianity, the highest civilization having developed peculiarly aggressive traits calculated to impress its institutions among mankind, will spread itself over the earth. If I read not amiss, this powerful race will down upon Mexico, down upon Central and South America, out upon the islands of the sea, over upon Africa and beyond. And can any one doubt that the result of this competition of races will be the "survival of the fittest".¹²

Esta filosofía fue acogida con mucho entusiasmo por el pueblo norteamericano y en menor grado se refleja en el pensamiento político de la época y en las ideas de Alfred Thayer Mahan, Teodoro Roosevelt, Henry Cabot Lodge, Albert J. Beveridge y Whitelaw Reed.

En 1890, con la publicación de su libro, *The Influence of Sea Power Upon History*, el Almirante Alfred Thayer Mahan, se convirtió en el geopolítico norteamericano por excelencia y en mentor de dos prominentes figuras del Partido Republicano: Henry Cabot Lodge y Teodoro Roosevelt.¹³ Mahan creía que los Estados Unidos podía elegir entre dos políticas exteriores: una de aislamiento internacional y de expansión interna; y la otra de expansión externa mediante la adquisición de nuevos mercados mundiales, nuevas colonias y bases navales en ultramar. Mahan sostenía que solamente las naciones que concentraban en expansión externa, i. e. Gran Bretaña, podían ser potencias de primer orden y que para esto lo primordial era una armada moderna.

Estas ideas de Mahan se convirtieron en el *large policy* del grupo expansionista encabezado por Henry Cabot Lodge y Teodoro Roosevelt. Este grupo, muy poderoso dentro del Partido Republicano, y cuyo exponente principal en el Congreso lo era el Senador Cabot Lodge, luchaba por la adopción del *large policy*.

Esta política expansionista postulaba lo siguiente: 1) La construcción de un canal transoceánico en Centroamérica bajo el control

¹² Julius W. Pratt, *Expansionists of 1898*, (Baltimore, 1936), p. 6.

¹³ Pratt, *obra citada*, p. 14.

y dominio de los Estados Unidos; 2) convertir el Caribe en un lago americano mediante la adquisición de Cuba, Puerto Rico, las Islas Vírgenes, bases en Santo Domingo, etc., para así asegurar estratégicamente el canal; 3) obtener bases y colonias en el Pacífico tales como Samoa, Hawaii y Filipinas para poder dominar el mercado oriental; 4) la construcción de una moderna marina de guerra para llevar a cabo los susodichos planes.

Teniendo una idea de la filosofía jingoísta prevaleciente en los Estados Unidos para esta época y conociendo los planes del grupo expansionista dentro del Partido Republicano, resulta fácil comprender la aparición de un núcleo en el Congreso en 1895 y 1896, deseoso de que Estados Unidos interviniera en el conflicto cubano; así como porque, a instancias del Senador Cabot Lodge, el Partido Republicano incluyó la independencia de Cuba en su plataforma política de 1896. Solamente teniendo estos factores jingoístas en mente es como podemos explicar el entusiasmo del pueblo americano hacia la guerra con España, así como porqué, la flota americana navegaba con rumbo a Manila antes de iniciarse las hostilidades y porqué Estados Unidos invadió a Puerto Rico donde no existía la más leve indicación de inconformidad con el régimen autonómico concedido por la Madre Patria.

EL DÓLAR Y LA GUERRA

"We will have this war for the freedom of Cuba in spite of the timidity of the commercial interests."¹⁴

Teodoro Roosevelt

UNA de las teorías más infundadas acerca de la guerra hispano-americana es la que sostiene que los intereses financieros y comerciales norteamericanos fueron una de las principales causantes de la guerra. Sobre este punto, el profesor Bailey dice lo siguiente:

During these hectic months perhaps the most important restraint on the jingoistic spirit was big business. Except for a relatively small group who had investments in Cuba or a stake in the Cuban trade (it amounted to about \$10,000,000 annually), the financial and commercial interests of the United States were almost solidly opposed to war.¹⁵

¹⁴ H. F. Pringle, *Theodore Roosevelt*, (Nueva York, 1931), p. 179.

¹⁵ Bailey, *obra citada*, p. 504.

El sector financiero y comercial estadounidense se opuso todo el tiempo a la filosofía expansionista. Wall Street no deseaba la guerra y los precios en la bolsa bajaban cada vez que había indicaciones de guerra.¹⁶ Mark Hanna, el mentor de McKinley y el "poder detrás del trono", era el principal exponente del "Big Business" y él se oponía tenazmente a la intervención norteamericana en Cuba.

Las razones por las cuales la finanza y la industria se oponían a un conflicto con España eran patentes: 1) el pánico de 1893, había causado mucho daño al sistema económico; 2) la amenaza de guerra causada por la crisis venezolana de 1895, retardó el reestablecimiento económico del país; 3) la creencia de que los expansionistas estaban unidos a un plan nacional para la destrucción del patrón oro e imponer uno basado en la plata libre (*free silver*),¹⁷ 4) la sincera creencia de que una guerra destruiría el desarrollo económico logrado desde 1893.

Los inversionistas norteamericanos en Cuba al principio no querían la intervención de Estados Unidos en la Isla ya que preferían el régimen español pues bajo éste podían explotar al obrero pagándole jornales bajísimos. Sin embargo, cuando al estallar la revolución los insurrectos comenzaron a destruir sus plantaciones y haciendas y cuando vieron que el Gobierno Español no podía garantizarles protección adecuada, pidieron la intervención estadounidense.¹⁸ A pesar de esto, grandes hacendados americanos seguían oponiéndose a la intervención americana en la Isla¹⁹ y los intereses mineros americanos establecidos en Cuba hicieron presión en Washington para evitar la guerra.²⁰

Los que sostienen la teoría de que fueron los intereses azucareros americanos en Cuba los que presionaron al Congreso para que interviniera en Cuba no pueden explicar el recién creado poder de estos intereses en la legislatura, ya que en 1894, los mismos intereses no pudieron impedir que se legislara la tarifa arancelaria que tanto daño le hizo a la azúcar cubana. Ciertamente que los intereses azucareros americanos en la Isla fueron uno de los muchos factores que en su totalidad motivaron la guerra, pero no se puede decir que la

¹⁶ Pratt, *obra citada*, p. 234.

¹⁷ El Senador Pettigrew de Dakota del Sur dijo: "I want a war with Spain, because I believe it will put us on a silver basis." Pratt, *obra citada*, p. 242.

¹⁸ En mayo de 1897, una petición con 300 firmas pidiendo la intervención en la Isla fue presentada al Sec. de Estado. En febrero de 1898, otra petición fue entregada al Presidente por un comité de hombres de negocios neoyorquinos. Pratt, *obra citada*, p. 248.

¹⁹ Un ejemplo era Mr. E. F. Adkins, quien tenía una hacienda valorada en \$1.400,000 y continuaba sus operaciones gracias a la limitada protección del gobierno español y a un contingente de soldados organizados y pagados por él mismo. El tenía influencia en Washington la cual ejercía para impedir la intervención. *Ibid.*

²⁰ Los dueños de las minas de hierro y manganeso americanas continuaron sus operaciones y se oponían a la guerra, ya que sus propiedades serían confiscadas por el gobierno español. *Ibid.*, p. 250.

presión ejercida por estos intereses fue una de las causas principales de la guerra.

LA PRENSA AMARILLA

"Irresponsible and self-interested journalism must bear its large burden of responsibility for the Spanish-American War . . . It made the people want it, and making the people want it, they made Congress want it."²¹

MIENTRAS la revolución cubana seguía su curso, otra revolución se llevaba a cabo en el periodismo estadounidense. En septiembre de 1895, William Randolph Hearst, compró el empobrecido periódico, *New York Journal*, e inmediatamente entró en una carrera de circulación con el *New York World*, perteneciente a Joseph Pulitzer. Siendo la revolución cubana la noticia del momento, ambos periódicos se disputaban los lectores ofreciéndoles noticias sensacionales y exageradas acerca de la situación en Cuba. La batalla entre los dos periódicos llegó al extremo cuando muchas de las noticias impresas no tenían autenticidad alguna.²²

Se dice que Hearst mandó a uno de sus mejores ilustradores, Frederic Rand, a Cuba para pintar retratos de atrocidades españolas. Después de un tiempo en la isla, Rand cablegrafió a Hearst: "Aquí todo está tranquilo. No hay disturbio alguno. No habrá guerra." Hearst le contestó inmediatamente diciéndole: "Tú dedícate a suministrarme los retratos, que yo me ocuparé de suministrar la guerra."²³

El *New York World*, el 17 de mayo de 1896, informó lo siguiente:

Blood on the roadsides, blood in the fields, blood on the doorsteps, blood, blood, blood. The old, the young, the weak, the crippled, all have been butchered without mercy . . . Is there no nation wise enough and strong enough to restore peace in this bloodsmitten land.²⁴

²¹ Bemis, *obra citada*, p. 442

²² Cuando oficiales españoles abordaron un barco americano y registraron a tres cubanas, el *Journal* informó que las habían desnudado. Esto era falso como lo demostró la relación hecha por el cónsul-general, Mr. Lee.

²³ J. K. Winkler, *William R. Hearst*, (Nueva York, 1928), p. 144.

²⁴ J. E. Wisan, *The Cuban Crisis in the New York Press*, (Nueva York, 1934), p. 132.

Acentuando el lado inhumano de la guerra, la prensa amarilla imprimía unos reportajes morbosos sobre las supuestas atrocidades cometidas por los españoles en Cuba. Al General Weyler lo llamaban el "carnicero", el "lobo", y el "perro rabioso".²⁵ Según la prensa amarilla, los españoles mataban atrozmente a sus prisioneros y se los tiraban a los tiburones; sacaban a los enfermos de sus camas y los fusilaban, dándole sus cadáveres a los perros salvajes.²⁶

Cuando el acorazado Maine voló en el puerto de La Habana el 15 de febrero de 1898, el *New York World* proclamó sus titulares:

The warship Maine was split in two by an enemy's secret infernal machine; "the whole country thrills with war fever"; The Maine was destroyed by treachery.^{26a}

No hay duda de que la prensa amarilla fue en gran parte responsable del clamor popular en Estados Unidos favoreciendo y pidiendo la guerra. Cuando después de un estudio histórico, nos damos cuenta de que las atrocidades cometidas por los rebeldes cubanos demuestran que éstos procedieron más inhumanamente que las fuerzas españolas; y que las noticias publicadas por la prensa amarilla eran sumamente exageradas y muchas de ellas falsas por completo, no podemos llegar a otra conclusión de que la prensa amarilla fue una de las causas más importantes de la guerra hispanoamericana, siendo su campaña propagandista una de la cual el mismo Goebbels se enorgullecería.

DIPLOMACIA

"The popular frenzy whipped up by the yellow press, and the eagerness of politicians to find personal prominence supporting the new and safe issues of foreign affairs, overrode the reluctance of businessmen and played into the hands of a little group of young Republicans who took advantage of the situation to further their 'large policy'."²⁷

AL hacer un recuento de los antecedentes y de las negociaciones diplomáticas que culminaron la guerra hispanoamericana, debemos te-

²⁵ Véase la anotación N° 7 a la p. 4.

²⁶ Bailey, *obra citada*, p. 502.

^{26a} *Ibid.*, p. 501.

²⁷ Bemis, *obra citada*, p. 442.

ner en mente lo anteriormente expuesto para poder comprender la narración siguiente, dentro del contexto histórico de la época. Así pues, es bueno recordar la interrelación de las diferentes causas cuyos efectos conjuntamente motivaron la guerra: el plan y el creciente poder del grupo expansionista; las actividades de las Juntas Revolucionarias en Estados Unidos; los titulares exagerados y provocadores de la prensa amarilla; y la recrudecente situación en Cuba. A este conjunto de factores debemos añadirle la carta indiscreta del Ministro Español, Sr. De Lome, y el hundimiento del Maine, los cuales relataremos en detalle más adelante.

En 1895, el Presidente Grover Cleveland regía los destinos de la nación americana. Hombre fuerte y honrado, se disitnguió por su actitud firme y tenaz ante el creciente clamor de la masa que, alentada por la prensa amarilla, pedía vigorosamente la intervención americana en Cuba. El Partido Demócrata para este tiempo no favorecía la política jingoísta advocada por la prensa y un sector republicano en el Congreso. A Cleveland y a su Secretario de Estado, Olney, les tocó mantener relaciones cordiales con España y evitar la intervención americana en Cuba, en oposición a la creciente demanda popular y congresional favoreciendo la intervención.

El 6 de abril de 1896, el Senado y la Cámara, respondiendo al clamor popular, adoptaron una resolución concurrente favoreciendo el reconocimiento de los rebeldes cubanos como beligerantes. La resolución fue redactada con el propósito de poner a la administración Demócrata de Cleveland en una situación embarazosa durante la campaña electoral de ese año. Cleveland, firme y sereno, no cedió ante la presión congresional y no le prestó atención a la resolución considerándola como una intromisión de la rama legislativa con el poder ejecutivo que es el encargado constitucionalmente de las relaciones exteriores de la nación.²⁸

El 7 de abril de 1896, respondiendo a la agresiva actitud del Congreso, el Presidente envió una nota diplomática al gobierno español en la que manifestaba la cordialidad del gobierno americano hacia España y le ofrecía sus buenos oficios para solucionar el problema creado por la revolución cubana, prometiendo hacerlo de una manera compatible con la dignidad de España y su soberanía sobre la Isla. El 22 de mayo, el Ministro de Estado español contestó rechazando la oferta del Gobierno de Washington y alegando como razón para

²⁸ Cleveland le dijo a un grupo de congresistas que no habría guerra con España aunque el Congreso la declarara, pues, aún así, él no movilizaría ni mandaría el ejército a la guerra.

no aceptar la mediación estadounidense, que los insurrectos probablemente la rechazarían.

El Partido Republicano ganó las elecciones de 1896, y en marzo de 1897, el nuevo presidente, Mr. William McKinley, tomó posesión de su cargo. El 8 de agosto, el Presidente del gobierno español, Sr. Cánovas del Castillo, fue asesinado por un anarquista y el Sr. D. Práxedes Mateo Sagasta, liberal, monarquista, formó un nuevo gobierno.

El Presidente McKinley era un hombre pacífico pero débil. Le debía su candidatura y su elección al poderoso político, Mr. Mark Hanna. No resulta extraño que McKinley no deseara la guerra ya que le debía su elección al respaldo ofrecido por los intereses conservadores y financieros.²⁹ El Presidente envió como su representante ante la corona española a Mr. W. L. Woodford, un diplomático de confianza y un hombre que luchó hasta el último instante para evitar la guerra.

El 23 de septiembre de 1897, Mr. Woodford entregó un mensaje al Ministro de Estado español en el cual se insistía en la necesidad de legislar prontamente, concediendo a los cubanos una amplia autonomía, sin esperar a que terminase la guerra por el triunfo de las armas españolas, pues esto parecía cada vez más difícil. El nuevo gobierno de Su Majestad contestó el 23 de octubre, manifestando que continuaría la pacificación de la Isla pero en una forma más humanitaria³⁰ y que se tomarían las medidas necesarias para concederle más autonomía a Cuba pero siempre dentro del marco de la inmutable soberanía española. A su vez, el gobierno de Sagasta le pidió a los Estados Unidos que cooperara con España en su esfuerzo por lograr la pacificación de la Isla evitando que se organizaran expediciones rebeldes en su territorio y limitando la actividad de las Juntas Revolucionarias establecidas en Estados Unidos.

El Presidente McKinley estaba muy complacido con la formación de un gobierno liberal en España y empezó a abrigar esperanzas de una solución pacífica y satisfactoria para ambos países y para la desdichada Isla. Así, cuando el 25 de noviembre, el gobierno de Sagasta anuncia la concesión de la autonomía para la Isla, McKinley cree que por fin vendrá la amelioración de la situación cubana.

En su mensaje al Congreso el 6 de diciembre, indica que él ha

²⁹ El señor Hanna controlaba una gran parte de la maquinaria política republicana. El Presidente nombró al Senador Sherman como Secretario de Estado para poder nombrar a Hanna al Senado. Sherman fue sustituido como Secretario por el Subsecretario Day, el 28 de abril de 1898.

³⁰ De las primeras medidas tomadas por el señor Sagasta, fue la sustitución del general Weyler por el general Blanco.

prestado la más seria consideración a las indicaciones relativas a la intervención norteamericana en Cuba por razones de humanidad, pero que tal medida no debe adoptarse mientras España está llevando a cabo cambios que parecen conducir a la paz con Cuba. Este mensaje de McKinley prueba que el gobierno americano no tenía propósito alguno de lastimar los intereses de España porque creía que la concesión de la autonomía traería la paz a la Isla. Los expansionistas y la prensa amarilla seguían demandando la liberación de Cuba pero McKinley y los intereses conservadores se mantuvieron firmes, poniendo su fe en el nuevo gobierno liberal y en las nuevas concesiones hechas por éste.

LA CRISIS

"We are all jingoes now; and the head jingo is the Hon. William McKinley, the trusted and honoured Chief Executive of the nation's will."

The New York Sun, 20 de abril, 1898.³¹

EL primero de enero de 1898, se implantó la nueva carta autonómica concedida por la Corona a los cubanos. El General Blanco, obedeciendo instrucciones de la Reina Regente, publicó el bando siguiente:

El Gobierno de Su Majestad, accediendo a los deseos expresados por el Santo Padre León XIII y encargados por los embajadores de las seis grandes potencias de Europa, ha resuelto, para facilitar y preparar la paz en toda la Isla, decretar la suspensión de hostilidades.³²

El resultado de este decreto fue negativo. Los revolucionarios rehusaron deponer su actitud y aceptar el armisticio, y el Consejo de Gobierno de la Colonia consideró una falta de consideración que sin su conocimiento se publicara tal bando.

En su contestación, el Consejo de Gobierno de la República Cubana hizo constar que los propósitos de la revolución no eran otros que construir una república sobre las ruinas de la colonia. El Generalísimo Máximo Gómez, ratificando su propósito de continuar la lucha hasta obtener la independencia absoluta, escribió al Gobierno

³¹ Bailey, *obra citada*, p. 494.

³² Soto, *obra citada*, p. 109.

Autonómico lo siguiente: "Pronto, y como coronación de nuestra campaña, sobrevendrá una gran sorpresa. Una intervención extraña determinará el fin de nuestros esfuerzos".³³

Las esperanzas del gobierno americano se desvanecieron ante el fracaso del régimen autonómico y la continuación de la sangrienta guerra. El 24 de enero de 1898, el Gobierno de Washington anunció que las visitas de cortesía a puertos españoles por barcos de guerra americanos se reanudarían y envió al crucero protegido *Maine*, comandado por el Capitán Sigsbee, al puerto de La Habana. Aunque la razón oficial comunicada al gobierno español fue la de una visita de cortesía, la verdadera razón por la cual el *Maine* fue enviado a La Habana fue la de proteger las vidas y propiedades norteamericanas en Cuba y para demostrarle al gobierno español que Estados Unidos estaba dispuesto a actuar enérgicamente si se seguía deteriorando la situación.³⁴ Ni al gobierno español ni al gobierno autonómico de Cuba les gustó el gesto norteamericano, especialmente cuando en los últimos tres años ningún barco de guerra americano había visitado los puertos cubanos. De todas maneras, el gobierno español reciprocó la acción americana ordenando al acorazado *Vizcaya*, en ruta de la Península a Cuba, que visitara el puerto de Nueva York.

Mientras el *Maine* estaba amarrado a la boya número cuatro en el puerto de La Habana, el ministro español en Washington, señor Dupuy de Lome, indiscretamente le escribió una carta al señor Canalejas que se hallaba en Cuba.³⁵ La carta contenía frases injuriosas para el Presidente McKinley y parece que antes de que la misma llegase a su destino, alguien la interceptó apoderándose de ella; o que después de haberla recibido el señor Canalejas se le extravió, encontrándola algún amigo de la revolución y enemigo de España. El que la encontró se la envió a la Junta Revolucionaria en Nueva York, la cual se la traspasó al *New Journal*. El 9 de febrero, el *Journal* publicó la carta en primera plana. Las oraciones más relevantes decían:

Primero, el mensaje (de McKinley), ha desengañado a los insurrectos que esperaban otra cosa y ha paralizado la acción del Congreso; *pero yo lo considero malo*. Además de la natural e inevitable grosería con que se repite cuanto ha dicho la prensa y la opinión pública en España demuestra

³³ Soto, *obra citada*, p. 111. Es interesante notar con la seguridad que Gómez se expresa y que aproximadamente un mes más tarde ocurrió la misteriosa explosión que hundió el *Maine*.

³⁴ El cónsul-general, Mr. Lee, aconsejó a Washington que no enviara barcos de guerra a La Habana, porque la situación allí era precaria y hostil. El recomendaba estacionarlos en Key West.

³⁵ Político y periodista español que unas semanas antes había entrevistado al Presidente McKinley en Washington.

una vez más lo que es McKinley: *un débil y populachero y además un politicastro* que quiere dejarse una puerta abierta y quedar bien con los jingos de su partido.³⁶

Un examen de la situación cubana y de las relaciones entre España y Estados Unidos, lleva a la conclusión de que la publicación de la carta de De Lome contribuyó poderosamente a la ruptura de relaciones que dos meses después tuvo lugar entre las dos potencias. Es indudable que la conducta del ministro español, al escribir dicha carta, acusa una indiscreción inexcusable, pues él sabía la actitud y el poder de la opinión pública americana. El resultado fue desastroso. El señor De Lome tuvo la sensatez de renunciar antes de ser declarado persona non grata por el gobierno americano y su renuncia fue aceptada por el gobierno español, quien seguidamente envió al señor Polo de Bernabé como su nuevo ministro.

Mientras la carta de De Lome todavía era recordada con indignación por el pueblo americano y los titulares de la prensa amarilla continuaban su campaña antiespañola, el 15 de febrero, una terrible explosión sacudió al acorazado Maine fondeado en el puerto de La Habana. El barco se hundió rápidamente llevándose consigo a 260 oficiales y marinos americanos.

El gobierno español inmediatamente envió sus condolencias al gobierno de Washington y propuso una investigación conjunta para determinar la causa del desastre.³⁷ Estados Unidos rehusó participar en una investigación conjunta y nombró a su vez una comisión naval americana, la cual se trasladó a La Habana con el fin de hacer una investigación exclusivamente americana. El gobierno español, deseoso de evitar cualquier conflicto, nombró su propia comisión investigadora.

En los Estados Unidos la noticia causó una sensación y la prensa amarilla no esperó el informe de la comisión americana sobre la causa de la explosión. La prensa llegó a la conclusión de que habían sido *los españoles* los que volaron el Maine con una mina submarina.³⁸

El 16 de febrero, el subsecretario de Marina, Teodoro Roosevelt, le escribió a un amigo lo siguiente: "I would give anything if Presi-

³⁶ Soro, *Op. cit.*, p. 97.

³⁷ El capitán Sigsbee y el cónsul general Lee, en su informe oficial se refieren a la explosión como un accidente.

El vicealmirante americano Mr. George W. Melville, ingeniero jefe de la Armada, publicó en la revista *North American Review*, enero 29 de 1902, una larga carta, analizando científicamente el desastre del Maine, y, al terminar, sienta la conclusión, lógicamente deducida, que la explosión fue interior; anota la clase de minas y torpedos que usaron los españoles durante la guerra y dice que no había en toda la isla de Cuba, torpedo ni mina bastante eficaz para volar, totalmente, un buque amarrado como el Maine, y que además, se hiciese la operación tan oculta, que nadie pudiese verla, sobre todo, los cubanos, enemigos de España. Rivero, *Op. cit.*, p. 13.

³⁸ Véase cita anterior a la p. 13.

dent McKinley would order the fleet to Havana tomorrow... The Maine was sunk by an act of dirty treachery on the part of the Spaniards."³⁹

No hay duda que la destrucción del Maine fue el catalizador que precipitó la guerra hispanoamericana.⁴⁰ La guerra cubana fue traída a los hogares americanos por la muerte de 260 de sus marineros. Lo más triste es que hasta el día de hoy, *no se ha descubierto* evidencia alguna que incrimine a España por la voladura del Maine.⁴¹

En aquellos días aciagos, el pueblo americano no pensaba, sólo sentía, y sentía un deseo incontrollable de intervenir y libérrtar a Cuba. A nadie se le ocurrió pensar que los españoles no tenían motivo alguno para volar el Maine; al contrario, ellos deseaban hallar una solución pacífica a la tirantez reinante sin precipitar la intervención estadounidense que culminaría en una guerra.

El 9 de marzo, el Congreso de los Estados Unidos votó por unanimidad una apropiación de \$50.000,000 para fines militares. A esto siguieron medidas militares destinadas a poner al país en pie de guerra. España quedó estupefacta y le notificó a las principales potencias europeas las preparaciones bélicas estadounidenses.

El 17 de marzo, el senador Proctor de Vermont, recién llegado de un viaje de observación a Cuba, pronunció el siguiente discurso en el Senado y que conmovió a la nación; refiriéndose a los reconcentrados dijo:

Torn from their homes, with foul earth, foul air, foul water, and foul food or none, what wonder that one half have died and that one quarter of the living are so diseased that they cannot be saved? . . . Little children are still walking about with arms and chests terribly emaciated, eyes swollen, and abdomen bloated to three times their natural zise.⁴²

El 28 de marzo, el gobierno americano hizo público el informe que sobre el hundimiento del Maine había sometido la comisión investigadora. La comisión americana llegó a la conclusión que el Maine se hundió como resultado de una explosión *externa* causada por una mina submarina, pero no decía nada en absoluto sobre quién había perpetrado la fechoría. Para las masas americanas, una explosión ex-

³⁹ BAILEY, *Op. cit.*, p. 502.

⁴⁰ La guerra entre España y Estados Unidos obedeció principalmente, a no haber logrado España pacificar a Cuba antes del momento crítico en que comenzaron las hostilidades. La catástrofe del Maine no hizo más que acelerar la fecha del conflicto.

⁴¹ Los comisionados españoles llegaron a la conclusión que la explosión fue interior, y producida, ya por la caldereta del dínamo, ya por combustión espontánea del algodón pólvora, con que se cargan los torpedos. Rivero, *Op. cit.*, p. 12.

⁴² BAILEY, *Op. cit.*, p. 502.

terna equivalía a la culpabilidad de España. La reacción fue espontánea: "*Remember the Maine! To hell with Spain!*"

El Presidente McKinley no deseaba la guerra, pero ahora la veía venir. El pueblo pedía la liberación de Cuba y venganza del Maine; el Congreso ahora controlado por el grupo jingoísta, se mostraba deseoso de llevar a cabo la guerra y expresar el clamor del pueblo.

El 29 de marzo, el ministro Woodford le entregó el siguiente mensaje al señor Sagasta:

El Presidente me ordena que tenga con usted una conversación directa y franca acerca de la actual condición de los asuntos de Cuba y de las presentes relaciones entre España y los Estados Unidos.

El Presidente cree que lo mejor *es no discutir los puntos de vista* sustentados por cada una de dichas naciones. Ello sólo sirve para provocar argumentos, dilatar, y posiblemente impedir una decisión inmediata.

Me ordena el Presidente, además, que diga a usted que nosotros no queremos apoderarnos de Cuba, que lo que deseamos es *que haya paz inmediatamente en dicha Isla, y sugiere que se conceda un armisticio hasta octubre primero, y que, en el entretanto se entablen negociaciones* con miras al restablecimiento de la paz entre España y los insurrectos, utilizando para ello los amigables oficios del Presidente de los Estados Unidos.

Desea el Presidente *que la orden de reconcentración sea inmediatamente revocada*, y que se permita a las gentes el regreso a sus hogares.⁴³

Aunque la nota no estaba redactada en forma de un ultimátum, el gobierno español, consciente de la tirantez entre los dos países y la montante presión en Estados Unidos, tenía que tomar la nota como tal ultimátum.

El 2 de abril, el Cardenal Rampolla visitó al señor Merry, embajador español ante la Santa Sede, para manifestarle que los informes enviados por el Nuncio Papal en Washington eran graves. El Presidente McKinley *deseaba llegar a una solución amistosa*; pero, según las manifestaciones del Cardenal, *nada podía hacer contra el Congreso*.

El 3 de abril, el ministro Woodford, enterándose que el gobierno de Su Majestad, a instancia del Santo Padre, se preparaba a conceder un armisticio en Cuba, cablegrafió a McKinley:

I know that the Queen and her present ministry *sincerely desire peace* and that the Spanish people desire peace, and if you can still give me

⁴³ Soto, *Op. cit.*, p. 127.

time and reasonable liberty of action I will get for you the peace you desire so much and for which you have laboured so hard.⁴⁴

El 5 de abril, cumpliendo con la segunda condición americana del semi-ultimátum de 29 de marzo, el gobierno español ordenó al general Blanco que *inmediatamente revocara las órdenes de reconcentración en Cuba*.

El 7 de abril, las principales potencias europeas conjuntamente enviaron una nota al Presidente, pidiéndole cortésmente, que tratara de evitar la guerra.⁴⁵

El 9 de abril, el gobierno español notificó a Mr. Woodford, que ese mismo día se le ordenaba al general Blanco *que cesara las hostilidades inmediatamente y concediera un armisticio*. Con esta orden y la de 5 de abril, revocando el sistema de reconcentración, *el gobierno español cumplió las principales condiciones exigidas por el Presidente McKinley en su mensaje de 29 de marzo. España capituló ante las exigencias americanas*.

El 10 de abril, la gravedad de la situación en Washington, indujo al ministro español, Luis Polo de Bernabé, a entregar al subsecretario de Estado, Mr. Day, un memorándum cuyo objeto era defender la actuación de España y calmar la agitación del Congreso. Se informaba al Presidente que ese mismo día el general Blanco había publicado el bando correspondiente, a fin de suspender las hostilidades; y que de esta manera el gobierno de Su Majestad realizaba un esfuerzo extraordinario en pro de la pacificación de Cuba. También se llamaba la atención al gobierno de Washington hacia la Carta Autonómica que España acababa de conceder a la Isla.

En Estados Unidos, el Presidente estaba entre dos fuegos: el pueblo pidiendo ruidosamente la liberación de Cuba, y el Congreso dispuesto a declarar la guerra sin el consentimiento del Presidente.⁴⁶ McKinley temía que su partido perdiera las elecciones congresionales

⁴⁴ BAILEY, *Op. cit.*, p. 505.

⁴⁵ La actitud de las potencias europeas era generalmente una de simpatía con España con la excepción del Reino Unido. Gran Bretaña, aislada del continente por tantos años y confrontada con una renaciente Alemania, unida y poderosa, trataba de cultivar la amistad de Estados Unidos. Inglaterra acogió la idea de una guerra entre España y Estados Unidos y evitó cualquier tentativa de intervención directa a favor de España por las potencias europeas. Alemania usó toda su influencia para evitar la guerra, pues ella tenía planes de comprarle a España las Filipinas y demás islas españolas en el Pacífico y la guerra destruiría sus ambiciosos proyectos. La oferta de mediación del Papa, y su exhortación a España de evitar la guerra concediéndole la independencia a Cuba, fueron inastadas por el embajador alemán ante la Santa Sede.

⁴⁶ Un senador, dirigiéndose al Subsecretario de Estado, le dijo: "Day, don't your President know where the war-declaring power is lodged? Tell him that if he doesn't do something, Congress will exercise the power." El Congresista Bouteille de Maine, manifestó que había un grupo de 40 ó 50 republicanos en el Congreso, dispuestos a irse en contra de la Administración si ésta no declaraba la guerra. Bailey, *Op. cit.*, p. 508.

de ese año si la Administración no intervenía en la crisis cubana, pues ya el Partido Demócrata en su plataforma política para ese año se había declarado en favor de la independencia de Cuba. La presión ejercida por tantos sectores del país, la prensa, el Congreso, el Partido Republicano, y el pueblo, era demasiado fuerte y el débil McKinley, político primero y estadista después, sucumbió ante el clamor general.⁴⁷

Mr McKinley preparó su mensaje de guerra al Congreso el 5 de abril de 1898, pero no lo envió a petición del cónsul general americano en Cuba, Mr. Lee, para darle oportunidad a los ciudadanos americanos en la Isla a que evacuaran el país. Cuando llegó la capitulación española a las demandas americanas el 9 de abril, *ya el mensaje de McKinley estaba escrito.*

El 11 de abril, *dos días después* de haber recibido la capitulación española a las condiciones dictadas por él mismo, el Presidente envió su mensaje al Congreso en el cual, después de exponer la situación en Cuba, el desastre del Maine, la oferta de arbitramento hecha por España y la necesidad de proteger la propiedad americana en Cuba, le pidió a la legislatura la autorización para usar las fuerzas de mar y tierra del país para pacificar a Cuba.⁴⁸ Como su mensaje estaba ya preparado el 5 de abril, *al final*, del mensaje crucial, le comunicaba al Congreso la capitulación española y las concesiones hechas recientemente por España. Naturalmente, el Congreso no le dio importancia a este último párrafo y con mucho entusiasmo comenzó a redactar las resoluciones que llevarían a la guerra.

El 13 de abril, el ministro Polo de Bernabé, le escribió al ministro de Estado español, informándole que el Comité de Relaciones Exteriores del Senado había presentado un informe calumnioso, basado principalmente en la destrucción del Maine, y en que proponía, además, una resolución conjunta declarando libre al pueblo de Cuba, demandando del gobierno de España que retirase inmediatamente su autoridad y su ejército y armada de la Isla, y ordenando al Presidente que usara las fuerzas federales y la milicia, a fin de dar efectividad a la resolución.

La alarma causada por esta nota en España no fue poca. El 14 de abril, el ministro de Estado solicitaba del Papa, por medio de su embajador español ante el Vaticano, que sugiriera cualquier medida que estimara oportuna a fin de impedir la guerra.

⁴⁷ El senador Spooner le escribió a un amigo el 2 de mayo de 1898: "I think possibly the President could have worked out the business without war, but the current was too strong, the demagogues too numerous, the fall elections too near". *Ibid.*

⁴⁸ Ninguna de las razones expresadas por McKinley y luego por el Congreso, son justa causa bajo Derecho Internacional para la intervención en Cuba y para la negación de la soberanía española sobre la Isla.

El 19 de abril de 1898, el Congreso adoptó la siguiente resolución:

Resuélvase por el Senado y la Cámara de Representantes de los Estados Unidos de América reunidos en Congreso:

1) Que el pueblo de la isla de Cuba es y de derecho debe ser libre, e independiente.

2) Que es el deber de los Estados Unidos demandar, y el Gobierno de Estados Unidos por la presente demanda, que el Gobierno de España inmediatamente renuncie a su autoridad y gobierno en la isla de Cuba, y retire de ésta sus fuerzas de tierra y mar.

3) Que al Presidente de los Estados Unidos se le ordene, y por la presente se le ordena y faculta, para usar todas las fuerzas de tierra y mar de los Estados Unidos, así como para llamar al servicio actual de los Estados Unidos la milicia de los varios Estados, en la medida que pueda ser necesaria, a los fines de dar efectividad a esta resolución.

4) Que los Estados Unidos por la presente niega toda disposición o intención de ejercitar soberanía, jurisdicción o dominio sobre dicha Isla, excepto en cuanto sea necesario para la pacificación de la misma; y afirma los Estados Unidos su determinación de dejar el gobierno y dominio de la Isla a su pueblo, tan pronto como esa pacificación tenga efecto.⁴⁹

Esta resolución pasó en el Senado por 42 votos contra 35, y en la Cámara por 310 contra 6.⁵⁰

El 20 de abril, McKinley firmó la resolución y un ultimátum fue preparado por el Presidente y enviado a Woodford en Madrid, para que lo transmitiera al gobierno de la Corona. En él, el Presidente hacía constar que si al mediodía del sábado 23 de abril, el gobierno americano no había recibido de España contestación completa y satisfactoria a las demandas de la transcrita resolución, se procedería a usar los poderes y autoridades que se le conferían en la resolución, para dar efectividad a la misma.

España, determinada a no ceder en sus empeños a continuar ejerciendo su soberanía en Cuba, quiso evitar que Woodford tuviera oportunidad de entregar el memorándum y el día 21 de abril, envió una nota al ministro Woodford, manifestándole que en vista de que el Presidente había aprobado la resolución de ambas Cámaras, y toda vez que esta resolución, al negar la soberanía de España y amenazar

⁴⁹ Soro, *Op. cit.*, p. 135.

⁵⁰ Nótese que en el Senado hubo oposición a la resolución. Esto se debe a que para este tiempo el Senado estaba compuesto de los intereses conservadores y ricos del país, ya que la enmienda XVII a la Constitución fue adoptada posteriormente en 1913. Esto concuerda con lo anteriormente expuesto acerca de los deseos de la clase financiera, comercial e industrial del país.

con la intervención armada en Cuba, equivalía a una evidente declaración de guerra, el gobierno de Su Majestad había ordenado a su ministro que se retirara del territorio americano y que por este acto terminaban las relaciones diplomáticas que previamente existieron entre los dos países.

Con la ruptura de las relaciones diplomáticas entre España y Estados Unidos se inició el estado de guerra que culminó con el tratado de paz firmado en París el 10 de diciembre de 1898.